

La Edad Dorada
de
La Causa
de
Bahá'u'lláh

Cuarto capítulo del título:
The World Order of Bahá'u'lláh
(de Shoghi Effendi)

A los amados de Dios y a las siervas del Misericordioso residentes en los Estados Unidos y Canadá

Amigos y codefensores de la Fe de Bahá'u'lláh:

Por más significativos que hayan sido los cambios que recientemente han sorprendido a una humanidad en rápido despertar en esta etapa transitoria de su accidentada historia, la consolidación sostenida de las instituciones que los administradores de la Fe de Bahá'u'lláh, en todos los países, se afanan por establecer debería resultar no menos notable incluso para quienes están imperfectamente al tanto de los obstáculos que aquéllos han debido superar o los escasos recursos con que pudieron contar.

Que una Fe que, hace diez años, fue tan severamente estremecida por la súbita desaparición de un Maestro incomparable, frente a tremendos obstáculos, haya mantenido su unidad, haya resistido el asalto maligno de sus malquerientes, haya silenciado a sus calumniadores, haya ampliado la base de su extensa administración y haya erigido sobre ella instituciones que simbolizan sus ideales de adoración y servicio debería considerarse prueba suficiente del poder invencible con el que el Todopoderoso ha decidido investirla desde el momento de su inicio.

Que la Causa asociada con el nombre de Bahá'u'lláh se nutre de estos ocultos veneros de poder celestial que ninguna fuerza de personalidad humana, por muy atractiva que sea, puede reemplazar; que depende solamente de esa Fuente mística con la que no puede compararse ninguna ventaja terrenal, sea riqueza, fama o saber; que se propaga de manera misteriosa en total discrepancia con los criterios comúnmente aceptados por la mayoría de los hombres, es algo que si no es ya palpable, resultará cada vez más evidente conforme avance hacia nuevas conquistas en su lucha por la regeneración espiritual de la humanidad.

A decir verdad, no habiendo contado con el apoyo de los consejos y recursos de los sabios, los ricos y doctos de su tierra natal, ¿cómo podría haberse zafado de los grillos que la aprisionaban en la hora de su nacimiento, para luego surgir indemne de las tormentas que sacudieron su infancia, de no haber sido porque el soplo que la animaba procedía de ese espíritu que nace de Dios, y del cual ha de depender en última instancia el éxito, dondequiera y como quiera que se busque?

No es preciso que rememore, incluso en un breve bosquejo, los detalles desgarradores de la espantosa tragedia que señaló los dolores de parto de nuestra amada Fe, vividos en una tierra célebre por sus fanatismos desmesurados, su crasa ignorancia y su irrefrenable crueldad. Tampoco necesito explayarme en el valor, la fortaleza sublime, que desafió a los torturadores de esa raza, ni recalcar la cantidad o subrayar la pureza de las vidas de quienes murieron voluntariamente por que su Causa pudiera vivir y prosperar. Tampoco es necesario que me detenga en señalar la indignación que suscitaron tales atrocidades y los sentimientos de admiración sin reservas que brotaron del corazón de hombres y mujeres que vivían en regiones alejadas del escenario de esas indescriptibles crueldades. Baste con decir que a esos héroes de la tierra natal de Bahá'u'lláh se les confirió el inestimable privilegio de sellar con su sangre los primeros triunfos de su amada Fe y de allanar el terreno para su victoria venidera. En la sangre de los incontables mártires de Persia se halla la semilla de una Administración divinamente dispuesta, la cual, aunque trasplantada de su tierra natal, está ahora brotando, bajo el amoroso cuidado de ustedes, para cobrar la forma de un nuevo orden destinado a resguardar a toda la humanidad.

El aporte de Norteamérica a la Causa

Pues por muy grandes que hayan sido los logros e inolvidables los servicios prestados en Persia por los pioneros de la edad heroica de la Causa, no es menos meritoria la aportación que en este agitado período de su historia están realizando sus descendientes espirituales, los creyentes norteamericanos, los grandes constructores de la estructura orgánica de la Causa, a fin de cumplir con el Plan que debe conducir a la edad dorada de la Causa. Me atrevo a afirmar que pocos, si es que los hay, de entre esos privilegiados formuladores y custodios de la constitución de la Fe de Bahá'u'lláh son siquiera vagamente conscientes del papel preponderante que el continente norteamericano está destinado a desempeñar en la orientación futura de su Causa mundial. Ni tampoco hay bastantes de entre ellos que parezcan suficientemente conscientes del decisivo influjo que ya ejercen en la dirección y administración de sus asuntos.

“El continente de América –escribió ‘Abdu’l-Bahá en febrero de 1917– es, a los ojos del Dios único y verdadero, la tierra donde se revelarán los esplendores de Su luz, donde serán desvelados los misterios de Su Fe, donde habitarán los justos y se reunirán los libres”.

Que los valedores de la Causa de Bahá'u'lláh, de todo Estados Unidos y Canadá, están demostrando cada vez más la verdad de esta solemne afirmación se hace evidente incluso al observador que vea de paso el historial de los múltiples servicios que ellos han prestado a título personal o en esfuerzos concertados. Las manifestaciones de espontánea lealtad que caracterizaron la respuesta a los deseos expresados por el fallecido Maestro; la generosidad con que, en más de una ocasión, se han dispuesto a auxiliar a los necesitados y hostigados de entre sus hermanos de Persia; la energía con que han resistido los desvergonzados ataques que con frecuencia creciente han lanzado contra ellos enemigos internos y externos implacables; el ejemplo que el cuerpo de sus representantes nacionales ha dado a sus Asambleas hermanas al dar forma a los instrumentos esenciales para el desempeño eficaz de sus obligaciones colectivas; su exitosa intervención en favor de sus colaboradores perseguidos en Rusia; el apoyo moral que han brindado a sus condiscípulos egipcios en una fase por demás crítica de su lucha por la emancipación de las cadenas de la ortodoxia islámica; los históricos servicios prestados por aquellos intrépidos pioneros que, fieles al llamamiento de ‘Abdu’l-Bahá, abandonaron sus hogares para clavar la enseña de Su Fe en los rincones más alejados del globo; y, último en orden pero no en importancia, la magnificencia de su abnegación, que culminó con la terminación de la superestructura del *Mashriqu’l-Adhkár*: todo ello se destaca como un elocuente testimonio del carácter indómito de la fe que Bahá'u'lláh ha encendido en sus corazones.

¿Quién, al contemplar tan espléndida hoja de servicios, puede dudar de que estos fieles mayordomos de la gracia redentora de Dios hayan conservado, sin divisiones ni merma, el patrimonio inapreciable que les había sido encomendado? Bien cabe reflexionar sobre cuánto se han acercado, por medios que sólo los historiadores del futuro han de señalar, a esas elevadas normas que caracterizaron los actos de renombre imperecedero llevados a cabo por sus predecesores.

Ni por los recursos materiales que los miembros de esta joven comunidad puedan ahora reunir en su ayuda, ni por la fuerza numérica de sus actuales valedores, ni por ningún beneficio tangible que sus devotos puedan hasta ahora conceder a la multitud de necesitados y desconsolados entre sus compatriotas deben probarse sus potencialidades o determinarse el valor de éstas. El observador imparcial no debería tratar de encontrar el verdadero criterio que le permitiera desentrañar sus misterios o aquilatar su virtud en nada que no fuera la pureza de sus preceptos, la sublimidad de sus normas, la integridad de sus leyes, la sensatez de sus exigencias,

la amplitud de su esfera de acción, la universalidad de su programa, la flexibilidad de sus instituciones, la vida de sus fundadores, el heroísmo de sus mártires y el poder transformador de su influencia.

El declive del dominio mortal

¡Cuán injusto, cuán poco pertinente es aventurar comparación alguna entre la lenta y gradual consolidación de la Fe proclamada por Bahá'u'lláh y esos movimientos de factura humana que, habiéndose originado en deseos humanos y con las esperanzas puestas en el dominio mortal, deben inevitablemente declinar y perecer! Surgidos de mente finita, engendrados por la humana fantasía y a menudo producto de esquemas improvisados, tales movimientos, en razón de su novedad, su incentivo a los instintos más bajos del hombre y su dependencia de los recursos de un mundo sórdido, logran deslumbrar los ojos de los hombres sólo para precipitarse finalmente en una caída desde las alturas de su meteórica carrera a la oscuridad del olvido, disueltos por las mismas fuerzas que habían concurrido a crearlos.

No es así en la Revelación de Bahá'u'lláh. Nacida en un entorno de atroz degradación, surgida de una tierra empapada de corrupción, odios y prejuicios centenarios, inculcando principios irreconciliables con las normas aceptadas de la época y enfrentada desde el comienzo a la enemistad implacable del gobierno, la iglesia y el pueblo, esta naciente Fe de Dios ha logrado en menos de nueve décadas, y en virtud de la potencia celestial con que ha sido dotada, emanciparse de las cadenas mortificantes del dominio islámico, proclamar la autosuficiencia de sus ideales y la integridad independiente de sus leyes, enarbolar su estandarte en no menos de cuarenta de los países más avanzados del mundo, establecer puestos de avanzada en las tierras más distantes allende los mares, consagrar sus edificios religiosos en el corazón mismo de los continentes asiático y americano, inducir a dos de los más poderosos gobiernos de Occidente a ratificar los instrumentos esenciales de sus actividades administrativas, obtener de la realeza dignos homenajes a la excelencia de sus enseñanzas y, finalmente, hacer que sus quejas fueran escuchadas por los representantes del más alto tribunal del mundo civilizado y haber obtenido de sus miembros afirmaciones escritas que son equivalentes al reconocimiento tácito de su condición religiosa y a una declaración expresa de la justedad de su causa.

Por limitado que hasta ahora parezca su poder como fuerza social, y por muy evidente que parezca la actual ineficacia de su programa de alcance mundial, nosotros que nos identificamos con su bendito nombre no podemos sino maravillarnos de la magnitud de sus logros si los comparamos con los modestos logros que jalaron el ascenso de las Dispensaciones del pasado. ¿Dónde más sino en la Revelación de Bahá'u'lláh puede el estudioso imparcial de las religiones comparadas citar casos de una declaración tan portentosa como la que presentó el Autor de esa Fe, de enemigos tan implacables como aquellos a los que hubo de hacer frente, de una devoción más sublime que la que Él encendió, de una vida tan azarosa y cautivadora como la que llevó? ¿Acaso el cristianismo o el islam, o cualquier Dispensación que los precediera ha ofrecido ejemplos de tal combinación de valor y comedimiento, de magnanimidad y poder, de tolerancia y lealtad como los que han caracterizado la conducta de los héroes de la Fe de Bahá'u'lláh? ¿En qué otro lugar encontramos evidencias de una transformación tan rápida, completa y repentina como la producida en la vida de los apóstoles del Báb? ¡En verdad, son pocos los casos que consignan los anales de las religiones del pasado acreditados como auténticos de una abnegación tan completa, una constancia tan firme, una magnanimidad tan sublime y una lealtad tan incondicional como los que testificaron el carácter

de ese puñado de almas inmortales que se identifica con esta Revelación Divina, que constituye la última y más convincente manifestación del amor y la omnipotencia del Todopoderoso!

Contraste con las religiones del pasado

En vano podemos buscar en el historial de los comienzos de cualquiera de las religiones reconocidas del pasado episodios tan conmovedores en sus detalles y de consecuencias de tan largo alcance, como los que ilustran las páginas de la historia de esta Fe. Las casi increíbles circunstancias que rodearon el martirio de aquel joven Príncipe de Gloria, las fuerzas de brutal represión que dicha tragedia desató a continuación, las manifestaciones de heroísmo sin par a que dio origen, las exhortaciones y advertencias que brotaron de la pluma del Divino Prisionero en Sus Epístolas dirigidas a los potentados de la Iglesia y a los monarcas y gobernantes del mundo, y la lealtad inmutable con que nuestros hermanos combaten en los países musulmanes contra las fuerzas de la ortodoxia religiosa son algunas de las características más destacadas de lo que el mundo vendrá a reconocer como el mayor drama de la historia espiritual del mundo.

No necesito recordar, con respecto a eso, los desastrosos episodios que, reconocidamente, dañaron en gran parte los primeros días de la historia del judaísmo y del islam. Ni es necesario que recalque el efecto dañino de los excesos, las rivalidades y divisiones, los brotes fanáticos y actos de ingratitud relacionados con el desarrollo inicial del pueblo de Israel y con la carrera militante de los pioneros despiadados de la Fe de Mu'amm ad.

Bastaría para mi propósito con señalar la gran cantidad de quienes, en los primeros dos siglos de la era cristiana, “se granjearon una vida ignominiosa al traicionar las santas Escrituras al entregarlas en manos de los infieles”, la escandalosa conducta de aquellos obispos que fueron tachados por ello de traidores, la discordia que afectó a la Iglesia africana, la infiltración gradual en la doctrina cristiana de los principios del culto mitraico, de la escuela alejandrina de pensamiento, de los preceptos del zoroastrismo y de la filosofía griega, y la adopción por las iglesias de Grecia y Asia de instituciones de sínodos provinciales según el modelo de los consejos representativos de sus respectivos países.

¡Cuán grande era la obstinación con que los conversos judíos entre los primeros cristianos se aferraron a las ceremonias de sus ancestros, y cuán ferviente era su afán por imponérselas a los gentiles! ¿No fueron los primeros quince obispos de Jerusalén en su totalidad judíos circuncisos, y la congregación que presidían no había unido las leyes de Moisés con la doctrina de Cristo? ¿No es un hecho el que no más de una vigésima parte de los súbditos del Imperio Romano se habían alistado bajo el pabellón de Cristo antes de la conversión de Constantino? ¿Acaso la ruina del Templo de la ciudad de Jerusalén y de la religión pública de los judíos no fue sentida en lo más hondo por los llamados nazarenos, quienes durante más de un siglo perseveraron en la práctica de la Ley mosaica?

¡Qué notable contraste se da cuando recordamos, a la luz de los hechos citados, la cantidad de seguidores de Bahá'u'lláh que, en Persia y los países vecinos, se habían alistado antes de Su Ascensión como defensores convencidos de Su Fe! ¡Cuán alentador es comprobar la lealtad inquebrantable con que Sus valientes seguidores guardan la pureza e integridad de Sus claras e inequívocas enseñanzas! ¡Cuán edificante es el espectáculo de quienes luchan contra las fuerzas de una ortodoxia firmemente atrincherada en su pugna por emanciparse de las cadenas de un credo anticuado! ¡Cuán inspiradora es la conducta de aquellos seguidores musulmanes de Bahá'u'lláh que contemplan, no con pesar ni apatía, sino sin disimular sus sentimientos de satisfacción, el merecido castigo que el Todopoderoso ha infligido a las dos instituciones del sultanato y del califato, esas máquinas de despotismo y enemigos jurados de la Causa de Dios!

Un principio fundamental de la verdad religiosa

Sin embargo, que nadie confunda mi propósito. La Revelación de la cual Bahá'u'lláh es la fuente y el centro no abroga ninguna de las religiones que la han precedido, ni pretende en lo más mínimo deformar sus rasgos o menospreciar su valor. Niega toda intención de empequeñecer a cualquiera de los Profetas del pasado o de rebajar la eterna verdad de sus enseñanzas. En modo alguno se opone al espíritu que anima sus pretensiones ni busca minar la base que sustenta la lealtad de persona alguna a su causa. Su propósito declarado y primordial es permitir a cada creyente de esos credos obtener una comprensión más completa de la religión con que se identifica y adquirir una comprensión más clara de sus fines. No es ecléctica al presentar sus verdades ni arrogante al afirmar sus pretensiones. Sus enseñanzas giran en torno al principio fundamental de que la verdad religiosa no es absoluta sino relativa y que la Revelación Divina es progresiva y no final. Sin equívocos y sin la menor reserva proclama que todas las religiones establecidas son de origen divino, son idénticas en sus metas, complementarias en sus funciones, continuas en su propósito e indispensables en su valor para la humanidad.

Asegura Bahá'u'lláh en el Kitáb-i-Íqán que “Todos los Profetas de Dios habitan el mismo tabernáculo, se remontan hacia el mismo cielo, están sentados en el mismo trono, pronuncian las mismas palabras y proclaman la misma Fe”. Desde “el principio que no tiene principio”, esos Exponentes de la Unidad de Dios y Canales de Su incesante expresión han arrojado sobre la humanidad la luz de la invisible Belleza, y continuarán, hasta “el fin que no tiene fin” otorgando nuevas revelaciones de Su poder y más experiencias de Su inconcebible gloria. Afirmar que una de las religiones es definitiva, que “toda Revelación ha terminado, que se han cerrado las puertas de la misericordia divina, que de las auroras de santidad eterna no saldrá de nuevo el Sol, que para siempre se ha calmado el Océano de la munificencia sempiterna, que los Mensajeros de Dios han cesado de aparecer desde el Tabernáculo de antigua gloria” sería nada menos que blasfemia absoluta.

“Sólo difieren – explica Bahá'u'lláh en la misma epístola – en la intensidad de su revelación y la relativa potencia de su luz”. Y ello no en virtud de alguna incapacidad inherente a alguno de ellos para revelar de manera más completa la gloria del Mensaje que Le ha sido encomendado, sino más bien a causa de la inmadurez y falta de preparación de la época en que vivió para comprender y absorber todas las potencialidades latentes en esa Fe.

“Has de saber con certeza – explica Bahá'u'lláh – que, en toda Dispensación, la Luz de la Revelación divina ha sido otorgada a los hombres en proporción directa a su capacidad espiritual. Considera el sol. Cuán débiles son sus rayos en el momento en que aparece en el horizonte. Cómo aumentan, gradualmente, su calor y potencia a medida que se aproxima a su cenit, permitiendo, mientras tanto, que todas las cosas creadas se adapten a la intensidad creciente de su luz. Cómo declina paulatinamente hasta alcanzar su ocaso. Si manifestara súbitamente las energías latentes en él, sin duda haría daño a todas las cosas creadas... De igual manera, si el Sol de la Verdad revelara repentinamente, en las primeras etapas de su manifestación, en toda su medida, las potencialidades que la providencia del Todopoderoso le ha conferido, la tierra de la comprensión humana decaería y se consumiría, ya que el corazón de los hombres no podría soportar la intensidad de Su revelación, ni reflejar el brillo de Su luz. Consternados y abrumados, dejarían de existir”.

Por esta razón, y sólo por esta razón, quienes han reconocido la luz de Dios en esta época no afirman la ultimidad de la Revelación con la que se identifican ni le arrogan a la Fe que han

abrazado poderes y atributos intrínsecamente superiores o esencialmente diferentes de aquellos que caracterizaron a cualquiera de los sistemas religiosos que la precedieron.

¿No alude Bahá'u'lláh mismo al carácter progresivo de la Revelación Divina y las limitaciones que una Sabiduría inescrutable ha decidido imponerle? ¿Qué otra cosa querría decir el siguiente pasaje de las Palabras Ocultas, si no es el hecho de que Quien lo ha revelado niega la ultimidad de la Revelación que Le ha sido confiada por el Todopoderoso? “¡Oh hijo de la justicia! Durante la noche la belleza del Ser inmortal se encaminó desde la cima esmeralda de la fidelidad hacia el Sadratu'l-Muntahá, y lloró con tal llanto que el concurso de lo alto y los moradores de los reinos del cielo gimieron por Su lamento. Entonces, se oyó la pregunta: ¿por qué esos lamentos y esos llantos? Él respondió: Como me fue ordenado, esperé ilusionadamente en la montaña de la lealtad, mas no percibí la fragancia de fidelidad en quienes habitan la tierra. Luego, llamado a volver, miré y vi que ciertas palomas de santidad eran duramente afligidas por las garras de los perros de la tierra. En seguida la Doncella del cielo salió apresurada, sin velos y resplandeciente, de Su mansión mística y preguntó sus nombres, y todos fueron dichos salvo uno. Al insistir, fue pronunciada su primera Letra, tras lo cual salieron precipitadamente de sus morada de gloria los moradores de los aposentos celestiales. Y al oírse la segunda letra, cayeron todos sin excepción en el polvo. En ese momento se oyó una Voz proveniente del santuario más íntimo: “Ya está, no más”. Ciertamente, damos testimonio de lo que han hecho y de lo que están haciendo ahora”.

“La Revelación de la que soy Portador –declara explícitamente Bahá'u'lláh – está adaptada a la receptividad y capacidad espiritual de la humanidad; de otra manera, la Luz que brilla dentro de mí no puede crecer ni menguar. Cuanto manifiesto no es ni más ni menos que la medida de Gloria divina que Dios me ha ordenado revelar”.

Si la Luz que ahora sale derramándose sobre una humanidad cada vez más receptiva con un fulgor que pudiera eclipsar el esplendor de triunfos como los que otrora cosecharon las fuerzas de la religión, si los signos e indicios que proclamaron su venida han sido, en muchos aspectos, únicos en los anales de las Revelaciones del pasado y si sus defensores han mostrado características y cualidades sin parangón en la historia espiritual de la humanidad, ello debe atribuirse no a un superior mérito que la Fe de Bahá'u'lláh pudiera poseer, en cuanto Revelación aislada o ajena a anteriores Dispensaciones, sino que debe ser visto y explicado como el resultado inevitable de las fuerzas que han hecho de esta era presente una era infinitamente más avanzada, más receptiva y más empeñada en recibir un grado más amplio de Guía Divina de cuanto hasta ahora se ha otorgado a la humanidad.

Necesidad de una nueva Revelación

Muy queridos amigos: ¿Quién puede, al contemplar la indefensión, los temores y miseria de la humanidad actual, seguir dudando de la necesidad de una nueva revelación del poder vivificante del amor y guía redentora de Dios? Al presenciar por una parte el magnífico avance logrado en los dominios del conocimiento humano, del poder, de la destreza e inventiva, y al ver por otro lado el carácter sin precedentes de los sufrimientos que afligen a la sociedad actual y los peligros que la asedian, ¿quién puede estar tan ciego que dude de que finalmente ha sonado la hora del advenimiento de una nueva Revelación, de una reformulación del Propósito Divino y del consiguiente renacimiento de las fuerzas espirituales que, por intervalos fijos, han restablecido los destinos de la sociedad humana? ¿No requiere el propio funcionamiento de las fuerzas que actúan a favor de la unidad del mundo que el Portador del Mensaje de Dios en este día no sólo reitere la misma exaltada norma de conducta personal inculcada por los Profetas

anteriores a Él, sino que encarne en Su llamamiento, dirigido a todos los gobiernos y pueblos, los elementos esenciales de ese código social, esa Economía Divina, que debe guiar los esfuerzos concertados de la humanidad por establecer aquella federación omnímoda que ha de señalar el advenimiento del Reino de Dios en esta tierra?

Por consiguiente, ¿no podemos acaso, al reconocer debidamente la necesidad de tal revelación del poder redentor de Dios, meditar sobre la suprema grandeza del Sistema desplegado por la mano de Bahá'u'lláh en este día? ¿No podemos acaso detenernos, aunque nos apremien las preocupaciones diarias que conlleva la continua ampliación de las actividades administrativas de Su Fe, a reflexionar sobre la santidad de las responsabilidades que es nuestro privilegio asumir?

El rango del Báb

No sólo en el carácter de la revelación de Bahá'u'lláh, por asombrosa que sea Su reclamación, radica la grandeza de esta Dispensación. Pues entre los rasgos distintivos de Su Fe figura, como una prueba más de su carácter único, la verdad fundamental de que en la persona de su Precursor, el Báb, todo seguidor de Bahá'u'lláh reconoce no meramente a un anunciador inspirado, sino a una Manifestación directa de Dios. Es su firme creencia que, aunque fue muy corta la duración de Su Dispensación y si bien fue breve el período de vigencia de Sus leyes, el Báb había sido dotado con una potencia tal como al fundador de ninguna de las religiones pasadas le fuera permitido poseer, por providencia del Todopoderoso. Que Él no sólo fue el precursor de la Revelación de Bahá'u'lláh, que fue más que un personaje divinamente inspirado, que Suyo fue el rango propio de una Manifestación de Dios independiente y autosuficiente lo ha demostrado abundantemente Él mismo, lo afirma Bahá'u'lláh en términos inequívocos y, finalmente, lo atestigua el Testamento de 'Abdu'l-Bahá.

Nada menos que en el Kitáb-i-Íqán, la magistral exposición de Bahá'u'lláh acerca de la misma verdad fundamental de todas las Revelaciones del pasado, podemos conseguir una comprensión más clara de la potencia de las fuerzas inherentes a dicha Manifestación Preliminar con la cual Su propia Fe está indisolublemente asociada. Explayándose sobre el impenetrable sentido de los signos y pruebas que han acompañado a la Revelación proclamada por el Báb, el prometido Qá'im, recuerda estas proféticas palabras: "El conocimiento es veintisiete letras. Todo cuanto han revelado los Profetas son dos de esas letras. Nadie hasta ahora ha conocido más que esas dos letras. Mas cuando aparezca el Qá'im, pondrá de manifiesto las veinticinco letras restantes". Y añade Bahá'u'lláh: "'¡Ved qué magna y sublime es Su posición!" Y prosigue Bahá'u'lláh: "De Su Revelación, los Profetas de Dios o bien no han sido informados, o bien, en cumplimiento del inescrutable Decreto de Dios, no la han dado a conocer".

Mas, a pesar de lo inmensamente exaltada que es el rango del Báb y con lo prodigiosos que han sido los acontecimientos que han señalado el advenimiento de Su Causa, tan maravillosa Revelación no puede sino palidecer ante la refulgencia de ese Astro de esplendor insuperable Cuya aparición Él predijo y cuya superioridad reconoció sin reparos. Basta con remitirnos a las escrituras del propio Báb para estimar el significado de esa Quintaesencia de Luz de la cual Él, con toda la majestad de Su poder, no era sino el humilde y escogido Precursor.

Una y otra vez el Báb admite, hablando con lenguaje entusiasta e inequívoco, el carácter preeminente de esa Fe destinada a ponerse de manifiesto después de Él y a substituir Su Causa. Afirma Él en el Bayán Persa, el principal y mejor conservado depósito de Sus leyes: "El germen que contiene en sí las potencialidades de la Revelación que ha de venir está dotado de una potencia superior a las fuerzas unidas de todos los que Me siguen". El Báb proclama

repetidamente en Sus escritos: “De todos los tributos que he rendido a Aquel que vendrá después de Mí, el más grande es éste: Mi confesión escrita de que ninguna palabra Mía puede describirle en forma adecuada, como tampoco puede hacer justicia a Su Causa referencia alguna a Él contenida en Mi Libro, el Bayán”. Dirigiéndose a Siyyid Yahyáy-i-Dárábí, de sobrenombre Vahíd, el más docto e influyente de entre sus seguidores, dice Él: “Por la rectitud de Aquel Cuyo poder hace que la semilla germine y Quien insufla el espíritu de vida en todas las cosas, si se Me asegurase que en el Día de Su Manifestación fueras a negarle, sin vacilar renegaría de ti y repudiaría tu fe (...) Si, por otro lado, se Me dice que un cristiano, que no profesa lealtad a Mi Fe, ha de creer en Él, a éste consideraré como la niña de Mis ojos!

La efusión de Divina Gracia

Bahá'u'lláh mismo afirma: “Si todos los pueblos del mundo fuesen investidos con los poderes y atributos destinados a las Letras del Viviente, los discípulos escogidos por el Báb, cuyo rango es diez mil veces más glorioso que haya alcanzado cualquiera de los apóstoles de antaño, y si alguno ellos o todos vacilaran en reconocer la Luz de mi Revelación, aunque sólo fuera en un abrir y cerrar de ojos, su fe de nada les habrá valido y serán contados entre los infieles”. Y escribe: “Tan tremenda es la efusión de divina Gracia en esta Dispensación, que, si las manos mortales fueran bastante rápidas para copiarlas, en el transcurso de un solo día y una noche fluirían los versículos en una cantidad equivalente a la totalidad del Bayán persa”.

¡Tal es, muy queridos amigos, la efusión de gracia celestial que el Todopoderoso ha conferido a esta época, este muy iluminado siglo! Estamos demasiado cerca de tan colosal Revelación como para esperar en esta primera centuria de su era formar una opinión justa de su imponente grandeza, sus infinitas posibilidades y su trascendente belleza. Aunque seamos pocos, por limitadas que sean nuestras capacidades o por reducida que sea nuestra influencia, y habiéndose encomendado a nuestras manos tan pura, delicada y preciosa herencia, deberíamos en todo momento procurar, con rigurosa vigilancia, abstenernos de pensamientos, palabras u obras que pudieran tender a empañar su brillo o perjudicar su crecimiento. ¡Cuán tremenda es nuestra responsabilidad; cuán delicada y laboriosa nuestra tarea!

Queridos amigos: Si bien son claras y categóricas las instrucciones que nuestro finado Maestro reiteró en innumerables Tablas legadas por Él a Sus seguidores de todo el mundo, algunas, debido a la limitada influencia de la Causa en el Occidente, no fueron dadas a conocer a la comunidad de Sus discípulos occidentales, los cuales, a pesar de su inferioridad numérica, ejercen ahora una influencia tan preponderante en la dirección y administración de sus asuntos. Por consiguiente, creo que me incumbe recalcar, ahora que el momento es propicio, la importancia de una instrucción que debería destacarse, en la presente etapa de la evolución de nuestra Fe, independientemente de su aplicación a Oriente u Occidente. Y este principio no es otro que el que trata de la no participación de los seguidores de la Fe de Bahá'u'lláh, bien a título personal o de modo colectivo como Asambleas locales o nacionales, en ninguna forma de actividad que pudiera ser interpretada, directa o indirectamente, como interferencia en los asuntos de ningún gobierno en particular. Ya sea en las publicaciones que emprendan o supervisen, o en sus deliberaciones públicas y oficiales, o en los puestos que ocupen y en los servicios que presten, o en las comunicaciones que dirijan a sus condiscípulos, o en el trato con personas eminentes y autoridades, o en la afiliación a sociedades y organizaciones afines, creo firmemente que es su primera y sagrada obligación abstenerse de cuanta palabra u obra pueda interpretarse como una violación de este principio vital. Suya es la tarea de demostrar, por un

lado, el carácter no político de su Fe y, por otra parte, afirmar su lealtad y obediencia incondicionales a cuanto sea el ponderado juicio de sus respectivos gobiernos.

La política divina

Que se abstengan de relacionarse, de palabra u obra, con los empeños políticos de sus respectivas naciones, con las políticas de sus gobiernos y los planes y programas de los partidos y bandos. En tales controversias no deberían censurar, ni tomar parte, ni promover ideas, ni identificarse con ningún sistema que perjudique los mejores intereses de la Camaradería mundial que es su objetivo proteger y fomentar. Que tengan cuidado de no dejar que los utilicen como instrumentos de políticos sin escrúpulos, ni que los atrapen los traicioneros ardides de los conspiradores y pérfidos entre sus compatriotas. Que organicen su vida y ajusten su conducta de modo que no pueda levantárseles ninguna acusación de clandestinidad, fraude, soborno o intimidación, por infundada que sea. Que se eleven por encima de todo particularismo y partidismo, vanas disputas, cálculos mezquinos y pasiones transitorias que agitan la faz de este mundo cambiante y ocupan su atención. Es su deber tratar de distinguir, tan claramente como les sea posible y, si es necesario, con la ayuda de sus representantes elegidos, los puestos y funciones de carácter diplomático o político de aquellos de carácter puramente administrativo y que en ninguna circunstancia se ven afectados por los cambios y azares que la actividad política y el sistema de partidos comportan necesariamente en todos los países. Que aseguren su inflexible determinación de abogar, con firmeza y sin reservas, por la forma de actuar de Bahá'u'lláh, evitando los enredos y altercados inseparables de las actividades de los políticos, y convirtiéndose en agentes dignos de esa Política divina que encarna el inmutable Propósito de Dios para con todos los hombres.

Debe dejarse absolutamente en claro que tal actitud no supone la más leve indiferencia hacia la causa e intereses de su propio país, ni entraña de su parte insubordinación alguna a la autoridad de los gobiernos reconocidos y establecidos. Tampoco constituye un rechazo de su sagrada obligación de promover, con la mayor eficacia, los elevados intereses de su gobierno y su pueblo. Indica el deseo que abriga todo leal y verdadero seguidor de Bahá'u'lláh de servir, con abnegación, sin ostentación y patrióticamente, a los más elevados intereses del país al que pertenece, y de manera que no conlleve un abandono de las altas normas de integridad y veracidad vinculadas a las enseñanzas de su Fe.

Conforme se multiplica el número de comunidades bahá'ís en diversas partes del mundo y se haga cada vez más patente su poder, en tanto fuerza social, sin duda estarán más y más sometidos a las presiones que personas con autoridad e influencia en el ámbito político ejercerán con la esperanza de obtener el respaldo que precisan para el fomento de sus fines. Además esas comunidades sentirán la creciente necesidad de granjearse la buena voluntad y asistencia de sus respectivos gobiernos en su empeño por ampliar el alcance de las instituciones que les han sido encomendadas y consolidar sus cimientos. Que tengan cuidado, no sea que, en su afán de promover las metas de su amada Causa, sin darse cuenta sean conducidos a transar en su Fe, poner en juego sus principios esenciales o sacrificar, a cambio de algún beneficio material para sus instituciones, la integridad de sus ideales espirituales. Que proclamen que en el país donde residan, y por adelantadas que estén sus instituciones o por profundo que sea su deseo de poner en vigor las leyes y aplicar los principios enunciados por Bahá'u'lláh, sin vacilar subordinarán el funcionamiento de esas leyes y la aplicación de esos principios a los requerimientos y estatutos jurídicos de sus respectivos gobiernos. Al esforzarse por llevar adelante y perfeccionar los asuntos administrativos de su Fe, su objetivo no es, en ninguna circunstancia, el de violar las

disposiciones de la constitución de su país, y mucho menos permitir que los mecanismos de su administración suplanten al gobierno de sus respectivos países.

También debería tenerse en cuenta que la propia amplitud de las actividades en que estamos ocupados y la variedad de las comunidades que trabajan bajo diversas formas de gobierno, esencialmente diferentes en sus criterios, políticas y métodos, requieren que sea absolutamente esencial que quienes son miembros declarados de cualquiera de estas comunidades eviten cuanta acción que, al concitar sospechas en el gobierno de turno o provocar su antagonismo, pueda acarrearles a sus hermanos nuevas persecuciones o complicar la naturaleza de su tarea. De lo contrario, me pregunto, ¿podría una Fe tan extendida, la cual trasciende las fronteras políticas y sociales, la cual incluye en su ámbito tan gran variedad de razas y naciones, la cual deberá, a medida que avanza, apoyarse cada vez más en la buena voluntad y respaldo de los diversos y opuestos gobiernos de la tierra: de qué otra manera podría tal Fe lograr mantener su unidad, resguardar sus intereses y asegurar el desarrollo constante y pacífico de sus instituciones? De lo contrario, me pregunto, una Fe tan extendida, que trasciende las fronteras políticas y sociales, que incluye en su ámbito tan gran variedad de razas y naciones, que, a medida que avanza, habrá de apoyarse cada vez más en la buena voluntad y respaldo de los diversos y opuestos gobiernos de la tierra, ¿de qué otra manera podría lograr mantener su unidad, resguardar sus intereses y asegurar el desarrollo constante y pacífico de sus instituciones?

Sin embargo, una actitud semejante no viene dictada por consideraciones de utilitarismo ventajista, sino que es motivada, antes que nada, por el principio general de que los seguidores de Bahá'u'lláh en ninguna circunstancia permitirán ni como personas ni en el ejercicio de sus funciones colectivas comprometerse en asuntos que entrañen el más ligero distanciamiento de las verdades e ideales fundamentales de su Fe. Ni las acusaciones que hagan contra ellos los desinformados o los malévolos, ni la seducción de honores y recompensas los inducirán jamás a abandonar su comisión ni desviarse de su camino. Que sus palabras proclamen y su conducta atestigüe que quienes siguen a Bahá'u'lláh, sea cual sea el país donde residan, no son motivados por ambiciones egoístas, ni están sedientos de poder, ni se preocupan por ninguna oleada de impopularidad, desconfianza o crítica que conlleve la adhesión estricta a sus normas.

Por difícil y delicada que sea nuestra tarea, el poder sostenedor de Bahá'u'lláh y de Su divina Guía seguramente nos auxiliará si seguimos constantemente Su camino y nos esforzamos por defender la integridad de Sus leyes. La luz de Su gracia redentora, luz que ningún poder terrenal puede oscurecer, si perseveramos, iluminará nuestro camino, mientras continuamos nuestro rumbo entre las trampas y los escollos de esta época turbulenta y nos permitirá desempeñar nuestras obligaciones de modo que redunde en gloria y honor para Su bendito Nombre.

Nuestro querido templo

Y finalmente, muy queridos hermanos, permítanme una vez más llamar su atención a las demandas apremiantes del Mashriqu'l-Adhkár, nuestro querido Templo. ¿Es necesario que les recuerde la imperativa necesidad de llevar a feliz término, mientras hay tiempo, la gran empresa en que estamos comprometidos ante los ojos de un mundo vigilante? ¿Necesito recalcar el gran daño que mayores demoras en la prosecución de esta tarea divinamente designada han de acarrearle, incluso en estas críticas e imprevistas circunstancias, al prestigio de nuestra amada Causa? Les puedo asegurar que soy agudamente consciente de la severidad de las circunstancias a las que se enfrentan, de las circunstancias embarazosas en que tienen que trabajar, de las

preocupaciones que los agobian, de la urgencia apremiante de las exigencias incesantes que se hacen a sus reducidos recursos. Sin embargo, aún soy más profundamente consciente de la oportunidad sin precedentes que tenemos el privilegio de aprovechar y utilizar. Soy consciente de los incalculables beneficios que han de aguardar el término de una empresa colectiva que, por el alcance y la calidad de los sacrificios que supuso, merece ser colocada a la altura de los más sobresalientes ejemplos de solidaridad bahá'í vistos desde que aquellas gestas de relumbrante heroísmo inmortalizaron la memoria de los héroes de Nayríz, Zanján y Tabarsí. Por tanto, amigos y condiscípulos de Bahá'u'lláh, acudo a ustedes para pedirles un sacrificio personal más abundante, un grado más elevado de esfuerzo concertado, una prueba aún más convincente de la realidad de la fe que brilla dentro de ustedes.

Y en esta ferviente súplica, mi voz se refuerza una vez más con el apasionado y acaso último ruego de la Hoja Más Sagrada, cuyo espíritu, ahora sobrevuela el borde del Más Allá, ansía llevar en su vuelo al Reino de Abhá y a la presencia de un Padre divino y todopoderoso, la garantía de la feliz consumación de una empresa cuyo progreso tanto ha iluminado los últimos días de su vida terrenal. Que los creyentes norteamericanos, esos pioneros aguerridos de la Fe de Bahá'u'lláh, han de responder unánimemente, con la misma espontánea generosidad e igual cuota de sacrificio que han caracterizado su respuesta a los llamamientos de ella en el pasado, nadie que esté familiarizado con la vitalidad de su fe puede siquiera poner en duda.

Quiera Dios que, para fines de la primavera del año 1933, las multitudes que, procedentes de los más remotos rincones del globo, atestarán los recintos de la Gran Feria que ha de celebrarse en las proximidades de ese sagrado santuario, tengan el privilegio de contemplar, a consecuencia del sostenido espíritu de sacrificio de ustedes mismos, su cúpula engalanada de esplendor, cúpula que se eruirá como faro flamígero y símbolo de esperanza en medio de las tinieblas de un mundo desesperado.

Su verdadero hermano,
SHOGHI

Haifa, Palestina,
21 de marzo de 1932
